



## Comentario bibliográfico

**Gabriela Rodríguez Rial, *Tocqueville en el fin del mundo. La Generación de 1837 y la ciencia política argentina* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2022).**

**Maximiliano Ferrero**

*Facultad de Humanidad y Ciencias - Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales -  
Universidad Nacional del Litoral  
maxiferrero09@gmail.com*

*Fecha de recepción: 05/05/2024  
Fecha de aprobación: 14/05/2024*

**E**ste libro de la politóloga Gabriela Rodríguez Rial —el primero que publica como única autora— retoma y también profundiza distintas preocupaciones que la han acompañado a lo largo de los últimos años de su producción teórica: la recepción del pensamiento político europeo en el espacio del diecinueve rioplatense o, como plantea el propio texto, en “el fin del mundo, nuestro centro del mundo” (p. 20). Se trata aquí de analizar particularmente cómo la ciencia política de Alexis de Tocqueville pudo resultar un insumo importante para algunos de los miembros más conspicuos de la Generación de 1837, a fin de que estos pudieran generar diagnósticos de la realidad política de su tiempo y proponer formas transformadoras

de la acción política. Por ello, este libro podría ser incluido en un conjunto de publicaciones recientes que han realizado significativas contribuciones a los estudios de recepción de la filosofía europea en Argentina. Entre ellos, podríamos mencionar *Las filosofías de la Revolución* de Silvana Carozzi (reeditado en 2017) y *El Socialismo romántico en el Río de la Plata* que Horacio Tarcus publicara en 2016. Obras que se sumaron a los invaluable aportes que el maestro Jorge Dotti había realizado previamente sobre este tema.

Quienes orientan sus investigaciones al estudio de las ideas políticas del siglo XIX rioplatense suelen aceptar y partir de la notoria necesidad que manifestaban las gentes de saber y los publicistas de la época —admitidos en el restringido, aunque creciente círculo de debate público— de legitimar sus opiniones y propuestas apelando a autores europeos. Esto, por un lado, proporciona una pista de la importancia que el capital y prestigio intelectual tenían en la conformación de las relaciones de sociabilidad de los actores políticos rioplatenses (como la autora muestra detalladamente en el primer capítulo de su libro). Bastaría, para probar este punto, recurrir a las varias y extensas menciones que frecuentemente realizaba Juan Bautista Alberdi de las lecturas “extracurriculares” de su juventud. Listados de autores y textos que pueden rastrearse en sus cartas, escritos autobiográficos, artículos e incluso en la introducción de su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*.

Podemos aceptar también que el gesto voluntario de la recepción (que puede incluir o no la mención del autor leído) obedece a ciertas ventajas, como ha mostrado el libro previamente mencionado de Carozzi<sup>1</sup>. En primer lugar, una cognitiva, en tanto los autores o teorías filosóficas y políticas eran capaces de brindar una lente más afinada para interpretar la siempre convulsionada realidad social por la que transitaban los actores rioplatenses. Desde este punto de vista, *Tocqueville en el fin del mundo* nos permite apreciar cómo el concepto de democracia en tanto igualdad de condiciones —que el pensador francés divulgó desde las páginas de *La Democracia en América*— permitió a los publicistas rioplatenses comprender la forma que había adoptado el vínculo social posrevolucionario. En otras palabras, la pluma toquevilleana ofrecía las pistas

---

1 Silvana Carozzi, *Las filosofías de la revolución* (Buenos Aires: Prometeo, 2017), 37.

teóricas para interpretar el sustrato igualitario en el que se fundaban las nuevas sociedades producidas por los ciclos revolucionarios.

Una segunda ventaja reviste un carácter pragmático y performativo, porque los publicistas rioplatenses pudieron apoyarse en los argumentos provistos por uno o varios pensadores europeos a fin de sumar voluntades y/o proponer formas de la acción política. Incluso en un contexto de dificultades políticas y comunicacionales como el de las primeras décadas de la Revolución de Mayo, las teorías políticas europeas llegaban a América a través de libros, pasquines y libelos que, desde fines de la década del veinte y principios del treinta, comenzaron a llenar las nuevas librerías y bibliotecas privadas disponibles en la ciudad de Buenos Aires. Desde esa plataforma, aquellos textos podían proveer un mirador comprensivo de la crisis revolucionaria y proponer también algunas soluciones. De esta forma, los autores septentrionales acabaron integrándose a la nómina de interlocutores de los actores políticos rioplatenses, en un abanico de posibilidades de recepción que podía incluir desde el plagio silencioso hasta la declaración abierta de nombres famosos como fórmula de autorización intelectual.

Sobre estos supuestos, el trabajo de Gabriela Rodríguez Rial contribuye a una consideración menos trivial de la recepción y aplicación en el Río de la Plata de las filosofías circulantes en el Occidente central a la hora de construir una nación moderna en estas tierras del sur. Queda prevenido así el lector de catalogar como devaluadas las teorizaciones rioplatenses en comparación con las europeas, esto es, como una mera o mala copia de los modelos teóricos del Norte. El libro se propone, en cambio, valorizar el rol activo y creativo de nuestros lectores-actores, en tanto fueron capaces de adaptar sincréticamente las teorías filosófico-políticas europeas (como las de Tocqueville) a su propia realidad hispanoamericana, usualmente con un sentido práctico. Valga recuperar aquí la sentencia que Juan Bautista Alberdi pregonaba en su disputa con el uruguayo Salvador Ruano a fines de la década de 1830: que “nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades”<sup>2</sup>.

---

2 Juan Bautista Alberdi, *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea* (Córdoba: El Cid Editor, 2003), 14.

En este libro, Gabriela Rodríguez Rial ha rastreado las resonancias tocquevilleanas en algunos de los más ilustres miembros de la Generación de 1837, como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Félix Frías, Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría. Los hallazgos de la autora confirman de forma convincente los concretos vínculos teóricos transatlánticos entre la ciencia política de Alexis de Tocqueville y nuestros criollos, quienes, desde su “superior clarividencia”, según el decir de Halperín Donghi, buscaban proyectar una “nación para el desierto argentino”<sup>3</sup>. Empero, si cada uno de los miembros de este colectivo generacional desarrolló, tras la caída del régimen rosista, trayectorias ideológicas y posicionamientos políticos particulares que provocaron múltiples polémicas entre ellos, conservaron también —como muestra la autora— ciertos rasgos que dotaron de unidad al grupo.

En principio, es posible mencionar entre estos rasgos la cuestión de la sociabilidad generacional trabajada en el primer capítulo del libro. Porque de esa sociabilidad se generará una identidad colectiva que continuará operando aun cuando sus miembros asuman posicionamientos políticos heteróclitos (p. 26). Aunque “sociabilidad” también podía hacer referencia, en algunos miembros de dicha generación, a los valores compartidos característicos de un momento del proceso evolutivo de la civilización occidental moderna. En segundo lugar, y como se adelanta en las primeras páginas del libro, este grupo orientó sus reflexiones a develar eso que Sarmiento denominó, invocando “la sombra terrible” de Facundo, el “enigma” de la política argentina. En palabras de la autora, estos jóvenes se habían propuesto “comprender por qué tras la Revolución de mayo de 1810 la nueva sociabilidad democrática no podía organizarse bajo una forma política estable fundada en los supuestos del gobierno representativo” (p. 18). En otras palabras, ¿por qué la democracia argentina se resistía a la institucionalización? ¿cuál debía ser la fórmula institucional que pudiera convivir con esa nueva sociedad moderna que se impuso como el resultado sempiterno de la revolución una vez instalada en las conciencias individuales la idea filosófica de la igualdad? Porque reconozcamos que, una vez expandida esta nueva forma de régimen social caracterizado por la vida igualitaria y producto de la eliminación de los privilegios de cuna que ali-

---

3 Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino* (Buenos Aires: Prometeo, 2005), 31.

mentó los sueños revolucionarios, es necesario el momento de la reposición empírica del orden y la obligación política.

Este último punto nos aproxima a un tercer rasgo que daba unidad a los actores analizados en el libro. Eso que la autora denominó el “sentido común tocquevilleano de la Generación de 1837” (p. 51). Digamos que el gesto activo de la lectura, selección y adaptación de la filosofía de Tocqueville que compartieron los miembros de la Generación del ’37 ponía en evidencia cierta fusión de horizontes, o bien una especie de acuerdo epistemológico entre los rioplatenses y el filósofo francés. De esta forma, podemos responder a la pregunta ¿por qué Tocqueville? Porque este francés que profetizaba el advenimiento irresistible y universal de la sociedad democrática, a la que se refería como la “igualdad de condiciones”, hizo de su obra *La Democracia en América* un esfuerzo por pensar “una nueva ciencia política para un mundo enteramente nuevo” (p. 13). La justificación entonces que Rodríguez Rial propone para estudiar la recepción de Tocqueville en el colectivo rioplatense es que, al igual que el francés, los criollos identificaron la nueva sociedad democrática “como un problema político central para la Ciencia Política moderna” (p. 57) y, agregamos, como un componente indispensable e insoslayable de la democracia entendida ahora como régimen político que remite como fundamento del orden, y, no sin cierta paradoja, a la soberanía popular. Por ello, podemos recordar que Elías Palti suele afirmar que la democracia constituyó un destino, pero también un problema<sup>4</sup>.

A partir de aquí, la autora dedicará los capítulos siguientes del libro a analizar minuciosamente las mixturas, reformulaciones y selecciones que los distintos actores rioplatenses previamente mencionados realizaron de la filosofía de Tocqueville, a fin de ponerla a disposición de lo que interpretaban como sus propias urgencias locales. Para ello, tomaron como punto de partida —según el criterio “socialista” que Echeverría impregnaba en el *Dogma* jurado por aquella Generación— que el mejor sistema político no puede alcanzarse si no es desde el conocimiento del estado social, aunque también desde su necesario mejoramiento, convencidos como estaban de que el sujeto social rioplatense no podía responder exitosamente a la transformación civilizatoria que la historia imponía sobre nuestras sociedades.

---

4 Cfr. Elías Palti, “Democracia”, en *Lenguaje y político. Conceptos claves en el Río de la Plata II (1780-1870)*, ed. Noemí Goldman (Buenos Aires: Prometeo, 2021), 29-41.

Este camino hermenéutico de la autora comienza con Domingo Faustino Sarmiento, quizás uno de los más cercanos a *La Democracia en América* gracias a la manifiesta admiración que compartía con el liberal francés por la sociedad norteamericana. Los estadounidenses, para estos dos espectadores extranjeros, habían logrado poner en práctica, mejor que los franceses, esa invención moderna del gobierno representativo; dispositivo éste capaz de “domar la insociable sociabilidad política democrática” (p. 75) moderando las pasiones populares mediante el principio de representación. Sin embargo, Sarmiento y Tocqueville no se encontraban únicamente unidos por el encanto que ejercía en ellos la sociedad del Norte, sino que también coincidían, como demuestra la autora, en que las costumbres —eso que el propio Tocqueville solía llamar los “hábitos del corazón”— son tan o incluso más importantes que las leyes para garantizar la institucionalidad democrática<sup>5</sup>. Y, en el caso del autor del *Facundo*, era a través de la generalización de la educación formal que éste esperaba reconciliar nuestras costumbres con nuestras instituciones democráticas.

La segunda parada en el camino analítico tomado por el libro recae sobre el pensamiento de Juan Bautista Alberdi, ese “ausente” que, a pesar de la distancia física que lo separaba del Río de la Plata, nunca consiguió quitar la patria de sus cavilaciones. Sobre la presencia de Tocqueville analizada por la autora en la amplia obra alberdiana, creemos que vale la pena destacar aquí, en primer lugar, que, al igual que lo ocurrido con Sarmiento, el pensador francés había convencido al jurista tucumano de la importancia de los “hábitos del corazón” para la consolidación de las instituciones democráticas. Pero, a diferencia del sanjuanino, Alberdi confiaba más en el efecto positivo que el trasplante inmigratorio de los europeos del Norte podía tener sobre las costumbres criollas, antes que en la educación primaria.

En segundo lugar, Rodríguez Rial nos deja ver que ya en el Alberdi de las *Bases* podemos encontrar el par categorial de “fondo y forma” que, a nuestro entender, el tucumano extrae de algunos textos de Benjamin Constant. En la pluma siempre sincrética del autor de las *Bases*, la categoría de “fondo” permitió identificar la democracia como la nueva forma de sociabilidad posrevolucionaria, esto es, la igualdad de condiciones, según predicaba Tocqueville desde las páginas de *La Democracia en América*. La “forma”, en cambio, refería al régimen político, digamos, a la forma en

---

5 Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América* (México: Fondo de Cultura Económica, 2012), 287.

que podía articularse institucionalmente aquel fondo democrático y que admitía dos posibilidades: la república y la monarquía. Aunque, en el caso de las *Bases*, el jurista tucumano se haya inclinado por la primera de las opciones. No obstante, como se sabe, algunos años más tarde, se inclinará por la segunda de las formas.

Cabe aclarar que la *pax* chilena que había introducida en el país vecino la constitución de 1833 y cierta inspiración aún bolivariana convencían a ese Alberdi de las *Bases* de la necesidad de adoptar la forma republicana con un poder central fuerte capaz de arbitrar en los conflictos políticos facciosos. Cuestión que, por otro lado, se abría como un nuevo horizonte de problemas, una vez caído el Restaurador. Empero, si en las *Bases* la nueva sociabilidad democrática imponía como requisito de organización una forma republicana presidencialista, en *Del Gobierno en Sudamérica* (texto que también suele conocerse con el título de *La Monarquía como la mejor forma de gobierno en Sudamérica*) era miscible tanto con la forma republicana como con la monárquica.

Sobre el capítulo dedicado a Esteban Echeverría, destacaremos nada más que este pionero octosilábico del romanticismo en el Río de la Plata mantuvo también un diálogo inspirador con los núcleos temáticos de la filosofía política (o de la ciencia política filosófica) de Alexis de Tocqueville. Según nos muestra la autora, el pensamiento del francés se encuentra presente en la pluma echeverriana de ese manifiesto político que constituyeron el *Dogma* y las *Palabras Simbólicas*, la posterior —aunque siempre antepuesta— *Ojeada retrospectiva* y la misteriosa *Democracia en el Plata*.

Para finalizar, aceptemos que los miembros aquí estudiados de la Generación del '37 compartieron con Tocqueville su afán politológico, sociológico, filosófico y epistemológico, traducido en la “necesidad de contar con una nueva Ciencia Política que sirva para comprender el sentido de la democracia moderna, lograr organizarla institucionalmente como un gobierno representativo y evitar el despotismo de las masas” (p. 147). Aceptemos también que las Revoluciones francesa y rioplatense compartieron un destino común: el estallido, el acontecimiento y la extendida dificultad de organizar la sociedad post-tradicional. Quizás este destino común nos remita a eso que François-Xavier Guerra denominó una “modernidad de ruptura” a fin de identificar la vía francesa a la modernidad política, a diferencia de la gradualidad histórica de la isla del otro lado del ca-

nal de La Mancha.<sup>6</sup> Esto, podemos suponer, propuso un marco privilegiado para la lectura y recepción de la literatura política francesa, ya que a ambos lados del Atlántico las élites políticas e intelectuales debieron enfrentarse a problemas similares: la democracia como nuevo fundamento social y político que remite a una nueva legitimidad política, la soberanía popular como fundamento del autogobierno y, al fin y al cabo, ¿no nos remite este problema al de la compatibilidad o, incluso, a una reflexión sobre el siempre inestable equilibrio entre libertad e igualdad?

---

6 François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas* (México: FCE, 2014), 50.